

CANCIONES PARA RUANDA



María Meleck Vivanco

ibuK Ediciones

CANCIONES PARA RUANDA



María Meleck Vivanco

ibuK Ediciones

CANCIONES PARA RUANDA

María Meleck Vivanco

Canciones para Ruanda
María Meleck Vivanco

Ilustración de Tapa:
"The weather planner" de Romina Berenice Canet
<http://www.rominaberenicecanet.com>

Ediciones ibuK - 2013
<http://ibuk.com.ar>



a Luis Guaraglia

su inabarcable identidad

5to. mandamiento:

"NO MATARAS"

"Vuelve tu rostro a la
Oración del despojado"
David, Salmo 101 (102)

1. Solitario escorpión de amarillo purísimo
Con erecciones que delatan la guerra

Bajo las puras rosas Las palabras más áridas
resisten
Bermellones y negras fulguran casuarinas
Languidecientes
brotes y viento atribulado
Atadas están al carruaje del sol y a la desolación
del mundo
Acompañan postales con dinamita y gritos de locura
Pronto desaparecen todos los ruidos del amor
Mezclados
con amuletos consumaciones y presagios Amor que se
complace con herejías y reniega del hombre
Piratas como dioses sellan la última puerta Como
mudos
sonámbulos de otro lagar oscuro De otro violín de
infortunada melodía
Texturas para un cielo que contrasta el furor Doble
corona
De infaustas mariposas Paneles que se cierran por
adentro
Huestes que ardieron antes y yacen apagadas
recubiertas de
sal En cautiverio Solamente nube rizada de pólvora
y ángel

desvelado

Oh aldeas enterradas y lábiles como el fino temblor
Espacios de inocencia Nieve de la tristeza que
encanece

jardines Llamador insistente en la desierta alcoba
abandonada

Aquietad remolinos Tened piedad en esta angustia
larga

Resistid el escombros de inauditos recuerdos

Porque en Ruanda aún se abren blanquísimos capullos
Y en

Ruanda todavía los espejos resplandecen

2. Las banderas de orfandad Enrojecen la lluvia

La partición de las estrellas Descubre oscuridad
sobre los
mismos cuerpos que luminosos nos herían Agotados
estaban
de escandalosos sueños Sin conocer del llanto esa
orla de
pies inertes Su filo de flamencos que van minando
las
profundas sedas Las mordidas de besos Las
diminutas lunas
de la mano
Deseo por deseo El borde de mis labios amaneció
vacío
Adormideras del mar Retengo a mi costado
Escalofrío de
extremaunción convocan las campanas De norte a sur
Su
oficio de follaje y negra sed se instala en las
murallas La
palabra cabeza funda banderas lejos de su templo En
ingle
alucinada En rojo ardiendo En gotas de
atormentados niños
cayendo a sobresalto Aullando a flor de vientre
desde una

comisura de relojes

Busco el secreto manuscrito de Ruanda Su memoria
discriminada al cielo polvoriento

Y el pobre Dios cruzaba la frontera esparciendo como
al acaso pétalos Naturalmente la víspera caían
Abriendo al mundo

de par en par sus ritos para que entrara el mago de
la suerte

Y pagar su rescate de azucenas Desnudo hasta el
cabello

Prendido de una nube como si fuera un ángel

3. Y el valle violento es como un matuasto al sol
Galopado de turbulencias

Volvía del castigo Y recordé los tártagos Donde
enredaba música la luciérnaga triste con
instrumentos traídos de la guerra
La huída a contraluz Los corredores que sepulta la
tierra gris y el viaje de la aurora Cuidan mi
corazón Mi vino pálido que noche a noche sorbe la
metralla

Yo he intentado morir Y no he podido Desciende el
viento pero nunca muero Quema lágrima heroica en
carne que supura tanta impiedad Tanta neblina
ansiosa

Dios proteja esta herida dulcemente Y entorne las
ventanas del espejo

4. Como una caracola la muerte estará en otro
ruido

Como un higo de luto En otros dientes de
tímido

conocimiento blanco

Oscuros umbrales de revelación Sostienen temerarios
la edad

impura O el cuchillo de plata a la intemperie O la
caravana

que alisa arenas y castiga a los pájaros heridos
(Cuando aparece

el huésped persignarse)

La inocente descubre ceremonias en los huesos de un
niño

Voraz una cascada de nieve derretida Lava de olvido
su alma

Red luminosa fluye en el coro de renacuajos del
diluvio Y

plegaria comulgante en el oído sordo de tristeza
sobre tristeza

Ruanda inventa un corazón para olvidar Suelta
lujurias en

los ojos velados que encienden la imaginación Aquí
en su piel

existe una rosa cautiva perversamente lastimada Es
la rosa

esclava de secretas voces La casa desprovista de
manjares y
paciencia Los fantasmas del ancestro que convocan
animales
libidinosos y grifos de ruidos permanentes Dioses
sorprendidos
en el Kivú Apostados entre mariposas salvajes
Oscuros umbrales de revelación Cuerpos destruidos
de tanto
vagabundeo sin brújula Con su joroba verdinegra que
asoma
en la claraboya de la luna

Deseo comparecer a tu lado Ruanda de incestuosas
lágrimas
Efímera Como tu pulso de felicidad invisible

5. Las mariposas del olivar Aún saborean el rocío
de las bocas concupiscentes

Agrio su corazón Desolado y oscuro como una almadía
en el
declive de la noche Aprisionado Enfurecido al aire
Y por la
proa la niña de pelo lacio desaparece suave como un
gato
Dulcemente empujada por glicinas Puro orgullo su
realidad
Puro fantasma y zambullida
Yo escamas toda de pichón de pájaro agónico que
hubiera
cerrado bruscamente su pico Yo en tinieblas con mi
hijo
nonato Yo en balandros donde se predica o se miente
Yo en caricias con piel lluviosa que van hacia el
destierro
Con ubicuo poema acuartelado Cariátide y almena yo
Apenas esbozada del silencio El abismo cubierto de
remiendos
sanguinarios Yo mezclada con niños contrabandistas
tatuados
por arpones Yo en cuatro frentes y en el arcano de
la cantera
milenaria (Embajadora alguna vez de tiernos

heliotropos)

Las balas no sirvieron para mi guerra Los besos no
me hicieron soñar

con marsupiales Ni con azúcar de boca y cuerpo de
obsidiana

Si demando su nave olvidadiza Las gaviotas de
Ruanda

despeinan mis cabellos de fósforo delgado

De madrugada crujen las mortales Incesantes
Furtivas

Picoteándome por dentro

6. Carne mía He aprendido de ti Arcoiris que
transfiguraras
la muerte

Diezmando el ruiseñor Mis pies revolotean el pan de
muerte

Labro la desventura con orquídeas que alternan los
ventiluces

de la selva Los presagios del mar y el abismo
satélite que

aprendió del asombro

Como una tigresa en su cubil que se va desnudando
hacia las

flores Ruanda no se separa de mi vida mirándome
Ahora

que su piel se lava con la furia Y ruedan las
metrallas como

copos de muerte

Mi pan de muerte suyo Mi toga funeraria Mi
armadura inservible
que junta mariposas

7. Ahora deberé descansar con las brujas del agua
O en la exploración de un sueño repetido

Tal vez yo sea un pájaro salvaje Estreno el corazón
para los
puros desafíos El ejercicio lúdico de mi piel
Aviva el fuego
y atrapa la humareda Reconoce en la luna a los
pueblos
infieles Una montaña de miradas muertas
Vivo la huella de la doble ocasión y los
floripondios feroces
El cementerio amarillo de las aldeas africanas Y el
soplo de
expiación subiendo de la tierra
Silba el picohueso de las brujas sobre las amapolas
del
trópico Los almendros inhóspitos sonríen Y engañan
su
perfil con un baile de máscaras
Dios empujando a mis cabellos tristes Dios a través
del cielo
empecinado Oh signos tan fatales que disparan los
párpados
Pero Ruanda vigila Contiene la respiración en su
carozo de
sombras Juega con los herrajes abandonados Trepas

fantasmas sobre los paladines de la música En la
sustancia
movediza de los puentes Reabre incontables delirios
Demonios de ardiente luz de sexos y pozo de lamento

Mentira No puedo explicarme tanta inocencia oculta
en estos
sueños devorantes
Como la araña en el incendio del bosque

8. Estamos sospechados de jaulas reclinables y de
huellas
de pez

Corren lágrimas Y juegan a morir como las hojas que
respiraban
valles De antigua mansedumbre ellas lloraban
Intento planear destellos en los desnudos del
corazón Entre incendios
y guijarros de azufre Palomas de la curtiembre
Endurecidos muros
y alcancías de ebriedad Telones de mapas digitales
La callejuela
del edén Doblada hacia el deseo oscuro de la guerra
Ruanda es de llama y viento como la música
Retrocede las grandes
espirales y las puertas del odio se abren a campos
vírgenes Sus
heridas sacian las invitadas bárbaras En los
festines del infierno
La muchacha no alumbra a los mendigos de palacio con
la resina blanca
de los pinos Ni enamora a la dicha que muestra la
penumbra donde las sepulturas ahogan sueños
Permanece -fría y santa- como si fuera
columna delicadamente sostenida
Extraño ahora al peregrino del Señor Al ave

alborotada para
glorificar su templo A los volcanes del medano que
gastan nombres
de criaturas imaginarias A la alhucema que palidece
rememorando
colibríes y placeres
Me quedo afuera con esa niña desconsolada Ella me
trae racimos
pegajosos entrelazados con tormentas

Fauces que trituran ángeles Cuerpos disfrazados de
pájaros

9. Hoy es noche Y en mi boca no hay tregua
Comienza la oscura cacería

El diente de la oruga atraviesa y divide los cuerpos
Viste de
sacrificio el salto de mis piernas animales Y los
jinetes ligeros
del placer van hacia regiones de derrumbe
Pido a la enemiga que se distancie de las formas
irreconocibles
Donde los naranjos del cielo se suiciden Y lo
inhumano de la muerte
se establezca en territorio de claveles
Mi cintura artificial cambia de situación Cambia de
dueño Ahora
se adormece como un reloj de arena en el fondo del
submundo
Oh cómo oscurecen los quebrantos Las sepulturas de
riesgo
El desierto pudor y el corazón sudado de la lengua
Cómo entristece
aquí en Ruanda la noche El misterio de una espesura
abierta
Deseo flores embetunadas de carmín sobre mi cama de
tréboles
O lunas de violenta anemia apareciendo en mis
palabras

Beber pacientemente el otoño vibrante del perdón O
besar a Dios
con un grito de dulcísimo exterminio

Mi salvación del otro lado de la vida Sobrevolada
por las moscas del sueño

10. Beberé en el mismo jagüel de un caballo
hermoso

Que esté midiendo mi sangre Mi encendida
distancia sin alas

Para satisfacer la holganza de los cisnes Mis
pebeteros unían su
desamparo al centro de la tierra
Ávida luz de invierno veía las señales Y asomaba al
abismo
deseosa del complot de la luna Del lujo de
costumbres indigentes
De efemérides que desentierran huesos y vigili-
as salvajes
Era Ruanda como caballo mudo escarbando suspiros O
verdugo
que paraliza péndulos y corroe los países de la
aventura La singladura
mortal en la feroz hoguera del espejo
Bajo un golpe de sueños Acudo a la oficiante de la
orgía Y toco
las alas de su ombligo Las sedas que ofrecen sus
radiantes afectos
Los sombreros de rafia multicolor Dispersos en
vagabundos
hoteles de la isla
Y descubro el rostro de la intrusa arrasado de

hormigas Detrás de la
noche Entre la lluvia y el infortunio de la lluvia
Entonces soy el olvidado corazón a lo lejos O el
rabadomante impuro
O la conspiración absurda de mi cuerpo

He renunciado a mi boca de música
Y bordo mi alegría de serafines verdes Con el hilo
caliente de su collar
de sombras

11. Como si en la ciudad de los bandidos Y los
jazmines
arcangélicos Los números fueran el inicio
del desastre

Negro juicio en Ruanda Como el amanecer congelado
en un
ojo
El pez de azufre y el mar deshabitado Se nutren en
la sustancia
del infierno
Reconocen el territorio de crueldad Y adoran a ese
dios
desmemoriado con artera paciencia
Ya nos revuelve el asco Y la pequeña larva de la
utopía Se
columpia inocente en el espasmo de las arenas
movedizas
Empezamos a amar con la misma ternura viscosa del
rencor
No más la promesa de la felicidad Tan falsa que
descompone
hasta la sombra

Prefiero soplar la luna Pertener al cautiverio de
los locos

12. Se oyen lejanos gritos de hombre y de mujer
Y el fuego que devora un monte en la dinastía
de los pétalos

La enemiga cruzaba la frontera Iba dormida la
inocente abeja
La matriz de su ala Sangraba hilo delgado de oro
fino
Y el sacerdote pescador hilaba perlas negras
Cama de erizos para la novia tímida Apresurada
amante de la
muerte Su noche errática Su posada de palmeras y
tigres
Gritan los pájaros gemelos en su pareja celestial
Aldea virgen
Ruanda Heridas respirantes la convocan Fulgores
que salvan la oscuridad Verbenas machucadas con
olor a alcanfor Las manos
Los pulmones y la sombra son el humo de un pez
Encima de la fuente agonizan los capullos del iris
La creación abre sin luna al mirto Tatuada selva
maldecida Muertos de Ruanda descorren los visillos
de sangre Miran pueblos llenos de excusas
Renegados sacramentales del azar y palpitantes sexos
en la hoguera
Quieren medir el peso de los huesos (que aquel que
te acompaña te derrumba)
Mientras el alacrán del lago Cuida su prole

hambrienta bajo las hojas amarillas

La enemiga cargaba su fusil Iba dormida la inocente
abeja

13. Permitidme los tactos que suavicen el alarido
de la realidad

Un grito que conmueve de pánico las hojas del
manzano
Eriza los cabellos y desvía al mensajero de
sangrientas
magnolias
Caen las visiones en esta identidad tan brumosa de
cacerías
y villanos Tan responsable en su desdén y al mismo
tiempo
aliado que se inventó el infierno
Ahora relampaguea vidrio en los ojos del gato Y
volteretas
cruelles amenguan las caravanas en ascenso Al amparo
de
Dios Supera el diapasón su minuterero anticipado
Mucha
audiencia de sombras Mucha memoria hacia el combate
Mucha dentellada extraña
Somos los extranjeros Pianistas obsesos al fondo
del jardín
que miramos la serpiente en cada mano Y el
patrullaje de la
fruta escondida Nuestra médula tiembla Se exilia
de la

guerra anticipada Se controla como un cisne de lomo
iridiscente

Como un ojo impiadoso entre las uvas Aprendo al
servicio de la

tristeza en un azulado país Sus infinitas raíces me
lloran y alejan

mi nombre verdadero

Estamos sitiados por el desquicio y la impunidad de
los

verdugos Veo la resaca del mar que va y viene en
una hélice violenta

En un cañamazo de atormentados colores

Ruanda lapidada en su refugio de piedra hereje

Ruanda

cumplida de morir vertiginosa

Y un chorro de aceite hirviendo cae sobre las
palomas de

África Que antaño izaran las voladuras del corazón

14.Papeles amarillos húmedos de oscuridad
Destiñen de a poco las galas del reino

En remolino de menguados ojos Entro en el laberinto
de la guerra

El delirio flamea junto a una nube extraña Con una
agorería de

gallo bataraz De ave gloriosa incursionando en
causes de zozobra

Bajo un aura salvaje donada por las flores más
lujosas Atraigo mi deriva

de ser en el lago Kivú En los fértiles sueños
jubilosos Rodeados de azahares que junio resucita

La dimensión del luto es hálito inocente Como un
padrillo en celo

descarrila sus ángeles En cavidad de piedra
desollada

Nadie le salva el corazón a nadie Nadie le salva el
beso la herencia la memoria el trino Que de olvido

y de brasa son los pueblos que entregan sus ovejas
Y corolas en duelo desesperan a los ríos ocultos

Madres rituales que desgranán fábulas En un recodo
de aquietada guerra

Lagrima mía Efigie de medalla oxidada
reconocidamente muerta Desgajada en la rama

Ya nadie cuida el oro fuera de la tierra

Ya nadie nombra el llanto

15. Siempre la muerte abstraída y vibrante En
torno a un molino
que asedian los pájaros

Ya no más las señales Los uniformados de otra
latitud sorteando las fuentes de Ruanda Como
enmohecidos retratos que convierten en polvo sus
lamentaciones

Creo aún en la anatomía fugitiva de los besos
seráficos De los besos que arrasan espejismos y
arenas del insomnio

Y descubren el calendario nefasto Y son
consecuentes con los objetos del candor Ellos
hipnotizaron mis juguetes de virgen Y también la
negligencia de los cometas errabundos

Declinaría yo a desaparecer Cuando mi lengua se
ahogue en los remansos de otras lenguas Y pueda
arrojar mi corazón desde el acantilado de otra
desaforada geografía

Cuidado Las baratijas de Lucifer ruedan sonando
por mis ingles Y hacen sollozar los tulipanes que
oscurecen el sol Y los escalofríos tan cotidianos
de mis fantasmas terrestres

Como cuando era niña Caminaré dormida por las
cornisas del cielo

16. La raza del sollozo va al garete En orgasmos
lunares que
 escarban las hormigas

¿Es que no puedo descansar en el sueño como un
simple animal violento y triste?
Los inefables me dan la vuelta al mundo y mi piel es
un circo con saltamontes y rodillas
Predico desmesurada Me abanico ruidosa entre
ángeles Y adorno de entrecasa mi aposento de vida
Huyo a los montes y acuesto mi cabeza donde caen las
puertas Llevo marcas eternas de virreinos Signos
Me sacudo doblada y desdoblada como la fuerza
impersonal de Ruanda llamada su justicia El regazo
de fósforo queriéndome quemar El corazón quemándome
la yema de los dedos
Si regresara Dios Yo le diría Señor de las colmenas
purísimas Dueño mago inclemente del más alto molino
Si con su flauta de innumerables trinos regresara
Su plenitud Sus labios temblorosos como un simple
animal violento y triste La viajera de azúcar que
aligera amapolas yo sería Su última nodriza

Con mis pechos humeantes dando la vuelta al mundo

17. Así cayeron los plantíos a mis pies Con su
agua verdísima de
mil ojos corruptos

La naciente luz ha vacilado en el peligro Ya todo
lo efímero detrás del día se diluye Como el perfume
del limón

Es Ruanda fluctuante Un retrato cubierto de espinas
y milagros La enamora su juego Contra la marea de
las rosas El trozo de metal que enmudece la tierra
Vedada nos está la alegría Sus mares constelados
Pues la misma sal golpea una y mil veces en una ola
de urgencia sin sentido Los pericotes han
descubierto la raíz Y está escrito que se aparezcan
debajo de los árboles Y que sus pactos se cumplan a
destiempo Porque los dioses han permanecido en sus
imperios Donde las formas son maravillosas

Vedada nos está la vigilia Con párpados abiertos en
el profundo sueño Ojos predestinados a reinar
Leños que consumen sus brasas fuera de las bengalas
Y cuchillos de condenación que lastiman a ciegas
Cómo han podido despertar sin esa isla Sin ese
centinela de endemoniados y vírgenes Sin esa
beatitud en medio del incendio Y los visillos
violetas Flotando en ceremonias de la guerra
Vedada nos está la eternidad Su espejo siempre
empañado de repetir los mismos rostros Su cábala que
tiene en mérito la oscuridad Los transhumantes

enanos del hechizo Las pobres apariencias que se
derrumban

Fiel a su espanto Ruanda ha disparado al corazón
Infinitamente silenciosa

18. Sólo en sus ojos intercambio mi espejo

Yo sólo pido accidentes de amor

Los saltimbanquis huyen de sus tiendas Y el corazón
cobrizo de los santos resiste En seguimiento de la
muerte

El pródigo señor orina estuarios Avatares heroicos
Y con marcas de pájaros sin nombre

De momento los límites del viento Abren en Ruanda
su desvelo triste De encrespados silencios se
alimenta De corrompidos lirios y papeles

Yo sólo pido y sangro accidentes de amor Que se
puedan mirar arriba abajo y al costado tumefacto del
cielo Que acaricien la tierra suspirada de
serpiente huesuda y calavera De marginales formas
que detesto De gestos resbalosos y programas que
pierden las ventanas candorosas

Por ejemplo El ocaso nos deja entristecidos y
hermosamente quietos Aquí o en Ruanda sucede esta
noticia Casi lo mismo Si jabalí o lagarto o
criatura carnívora de innumerables patas que viene a
despertarme Sólo lo sabe Dios

La cruz de juglaría que incorporan los huesos Los
latidos medrosos del guijarro Y los asnos angélicos
que galopan colinas del embrujo Miran a la invitada
sobre sí misma ausente Abren el manuscrito que es
rozar intemperies Y conocen la avispa curiosa de la
muerte

Ha durado el deseo Golpea puertas místicas en la
nada La nada

19. Registro una magnolia También una alegría sin
oficio

Tras la persiana se vislumbra el rito Crisantemos y
líquenes sonríen El talismán solar como un menudo
insecto Proyecta su lámpara en el muro
Y aparece el cadáver muy cerca de la niña Su nuca
sombreada y aureolada de culebras y moños
La noche respirante nos traiciona bajo el cielo de
Ruanda A campo abierto Separada de piernas y
herida en sus herrumbres A instancias de una
inercia transparente La nada entrega al río el
aroma de muerte que rodea la casa enajenada Luces
cardíacas Desguarnecidas flechas matinales socavando
la dicha Y palabras que alertan la guardiana
Observo una vez más sus ojos - el péndulo y la niña
- súbitamente abiertos

En la costa quemada El suave balanceo de palmeras
Y el contorno invisible de un animal violento
Tímidamente desaparecido

20. Dime ¿A quién conoces en esta limusina de crueldades? Yo le contesto como a Dios A casi nadie

En el coto cerrado de la noche me encuentro caminando

Todo mi ser afuera

La realidad ambigua me demora Límite puesto en Ruanda a descifrar solsticios Vibrante texto que la nieve apaga Y absurdo corazón maravillado

En la desierta próxima laguna Circula la magia antigua Nadie escapa en la guerra al violento cadáver del sonido Al fervoroso que recoge piedras como collares de ojos invasores

Desdoblamiento en llama Persecución irreal del cielo En una calle de lágrima sin fondo Calle quemada a oscuras Odiosa calle Fascinante sombra Espalda de esa música tediosa de registro imposible Me detengo centurias en el umbral de un cuerpo Beso sus máscaras de espacio de tan feroz hechura Y huelo axilas de negra claridad Por si el mar me confunde le pregunto ¿Quién a vencido a quién? Si lentamente quitas tus zapatos frente al hogar Y al descansar la voz Tus cabellos gloriosos se aproximan Les pregunto ¿Ruanda ocupaba un alto corazón? ¿Ocupa ahora la superficie trémula del mundo?

Reina depuesta con su lago extraño Ave cercana en

celo Signo ululante que mezcla tizne y leche Que
aparece en el fondo del hastío a refugiar su luto
silencioso

Y ahora los amantes duermen juntos Hasta que un
insecto resplandeciente los separe



DATOS DE LA AUTORA

María Meleck Vivanco: 1921-2010. Nació en Córdoba (Valle de San Javier, de Traslasierra), Argentina.

Ha publicado los siguientes libros de poesía:

"Taitacha Temblores" (poemas quechuas), Lima, (Perú), 1956; "Hemisferio de la Rosa", Buenos Aires, 1973; "Rostros que nadie toca", Buenos Aires, 1978; "Los Infiernos Solares", Buenos Aires, 1988; "Balanza de Ceremonias", Último Reino, Buenos Aires, 1992; "Canciones para Ruanda", Buenos Aires, 1998. Parte de su obra ha sido traducida al Italiano y al Portugués.

Ha recibido los premios:

"Libro de Oro", Lima, (Perú), 1956; Segundo Premio "Municipal de la Ciudad de Buenos Aires", 1978; Primer Premio "Fundación Argentina para la Poesía" (colección de poetas contemporáneos), Buenos Aires, 1988; Premio "Edición" del Fondo Nacional de Las Artes", Buenos

Aires, 1991; Nominación por Argentina en "UNICEF" de Nueva York (U.S.A.), 1996; Premio "Universidad de Letras" de La Habana (Cuba), 1997. Participó en diversos congresos, entre ellos el "Congreso Internacional del Surrealismo en el Tercer Milenio", Roma, (Italia), 1999, dado que María Meleck integró el grupo de surrealismo argentino del que formaban parte Aldo Pellegrini, Enrique Molina, Telo Castiñeira de Dios, Olga Orozco, Francisco Madariaga, con los que compartió vida y poesía.

María Meleck Vivanco, exploradora del enigma

Por Jorge Boccanera

La vigencia de la poesía de María Meleck Vivanco reside en un imaginario propio, tan extendido como esquivo a dilucidaciones basadas en premisas lógicas y razonamientos lineales. Hay instancias en que definir - uso palabras del poeta cubano José Lezama Lima- se convierte en cenizar; es por ello que a esta obra siempre en ebullición sólo es posible acercarse en base a conjeturas. Tan contundente es la poesía de Vivanco, que cada verso la representa; elijo dos: "todo respira incendio" y "ella se pudre en sueños"; son apenas señales de una selva interior donde hierve su marmita de fuego derretido. Con datos pálidos, hilachas del bosque, fulgores que duran un parpadeo, arma una y otra vez la historia de una niña que posa sus enormes ojos en las "huellas carnívoras" de la noche. Otra de sus anotaciones habla de: "el misterio de una espesura abierta", dando cuenta del hecho poético: la posibilidad siempre remota de entrever por una rendija los matorrales del enigma. Poeta de la videncia, Vivanco trabaja con paisajes exuberantes y devastados, donde el amor y la muerte abrevan en la misma poza. Así, la urdimbre de sus imágenes incorpora paisajes astillados, naufragios, cacerías, pesadillas, pero también la vehemencia del erotismo, la exaltación de lo vital y un amor que es vocación y esmero.

Nacida en Córdoba en 1921 y fallecida en 2010, Meleck Vivanco publicó siete libros -número cabalístico- y dejó inéditos otro tanto desde 1956, cuando escribió su

libro inicial *Taitacha temblores* hasta la publicación en 2009 de su *Antología poética*. Sus otros libros publicados son: *Hemisferio de la rosa* (1973), *Rostros que nadie toca* (1978), *Los infiernos solares* (1988), *Balanza de ceremonias* (1992) y *Canciones para Ruanda* (1999); mientras que en la lista de inéditos figuran: *Plaza prohibida*, *La moneda animal*, *Balanza de memorias*, *Bañados de sereno*, *Mi primitiva cruza*, *Los regalos de la locura y Mar de Mármara*, (libro que, a partir de esta edición, pasa a formar parte de la lista anterior).

El volumen que presentamos aquí reúne entonces dos momentos distintos y sustanciales de la autora: el ya publicado *Canciones para Ruanda* (tuvo una edición exigua en 1999 y en la *Antología poética* estuvo representado sólo por cuatro textos), y el hasta aquí desconocido *Mar de Mármara* (la autora estaba terminando de corregirlo al momento de su fallecimiento y apenas recoge ocho de sus textos la citada compilación).

Ambos títulos convalidan un registro verbal que es jadeo impetuoso, "brújula desafortunada" en el arrastre de las figuras sensoriales de un jardín sangrante que se marchita y refulge con su flora solar. La escritura de Vivanco es lenguaje de riesgo poblado de asociaciones imprevistas, correspondencias subterráneas, adjetivaciones audaces ("puñales devorantes", "jinetes infinitos", "rosa esclava", "seno demencial"); un dejar fluir que se espesa con los fragmentos del delirio transformado en "tráfico de sueños". En este sentido, y en épocas de imaginaciones acotadas y metáforas previsibles (cuando las hay), la expresión de esta poeta rezuma libertad, lo que mucho habría que agradecerle.

A partir de su llegada a Buenos Aires en 1945, Vivanco quedó enrolada en el surrealismo vernáculo; esa "tribu maravillosa" que se reunía, según lo contó en una entrevista: "todas las noches a cenar en un modesto restaurante como el Robino de Corrientes y Ángel Gallardo o piringundines cercanos al puerto...

recitábamos nuestros textos, se hablaba de los famosos manifiestos de Bretón, como si se tratara de la Biblia. El grupo más representativo lo formaban: Aldo Pellegrini, Francisco Madariaga, Juan José Ceselli, Oliverio Girondo, Carlos Latorre, Enrique Molina y Juan Antonio Vasco" (1). Esta bohemia -que Vivanco sitúa entre 1945 y 1955- se entronca con un momento de auge del surrealismo argentino en el que surgen sus revistas más importantes -*Ciclo*, *A partir de cero* y *Letra y línea*- y los libros iniciales de Madariaga, Vasco, Pellegrini, Ceselli y Latorre; en tanto Molina iba dando pasos firmes con *Pasiones terrestres y Costumbres errantes o la redondez de la tierra*. Extraña el hecho de que en la década aludida, de gran producción y difusión de textos, Vivanco no haya publicado libro alguno.

Su filiación surrealista -ella misma se consideraba dentro de este movimiento- tiene que ver con una escritura que surge de un estado de videncia que se vuelve presagio, desvarío y automatismo psíquico: "escribía como en trance", acota su hija Juana, y agrega que a ratos su poesía parecía "hilvanada por una coherencia intuitiva" (2). Ese impulso lo describiría la misma poeta de este modo: "Cierra sus ojos, que encadenan de llama en llama, lo invisible".

El año en que la poeta de Córdoba se traslada a Buenos Aires, Olga Orozco -esa gran poeta filosurrealista con la que mantendrá una estrecha amistad- está terminando de corregir su primer libro, *Desde lejos*. Por ello, no es casual que *Mar de Mármara* comience con un texto homenaje a Orozco con versos que sin esfuerzo dan también el retrato onírico de la autora: "maga en los jardines de la cábala... temeraria en vilo". Ambas mujeres, temerarias en vilo, van a compartir un imaginario que es textura onírica, esoterismo, lenguaje oracular y a ratos escenografía de cuento de hadas con bosques enmarañados, brujas, hechizos, revelaciones, querubines, encantamientos, barajas, talismanes y duendes. Por momentos la escritura toma una cuerda

barroca de selva tupida, maleza, cardumen de hojas y de pétalos, enredaderas, telarañas, hervideros de insectos.

Tanto Orozco como Vivanco -que en esos años trabajan como correctoras de estilo; la primera en el sello Fabril, la segunda en Claridad- utilizan el verso de amplio período para tejer una atmósfera opresiva, un clima de inmovilidad y acechanza. Dice la autora de *Mar de Mármara*: "Ahora, envuelta en hilachas de vidrio, siento que un roedor helado por detrás de la nuca me atormenta" (3).

Aparte de Apollinaire y los cultores de la vanguardia, Breton y demás poetas franceses que reivindican la escritura automática; descontando a Neruda y las otras voces de la desmesura americana, y aparte de la posible interinfluencia entre los miembros del grupo surrealista que frecuentaba en Buenos Aires, la obra de Vivanco lleva la marca del poeta Aimé Césaire. Sobre esta voz de la negritud ampliamente conocida, leída y difundida en la Argentina de esos años, escribió el mismo Pellegrini: "Césaire nos ofrece el espectáculo de una naturaleza en ebullición, donde las cosas se metamorfosean bajo la ley de lo imprevisible, animándose, adquiriendo vida" (4). Caracterización que, como anillo al dedo, le cabe también a Vivanco. Otro tanto sucede con estas reflexiones de Agustí Bartra a propósito de *Cuaderno de un retorno al país natal*: "Césaire nombra no mediante la palabra, sino arrancando la imagen como 'un pan de las profundidades'", y añade: "Con un estilo de asalto y de resaca, sus imágenes de muerte... alternan con esplendorosas visiones de alegría solar" (5). Es indudable que estos poetas comparten un tejido verbal en el que adquieren relieve las escenas de destrucción, lujuria, ferocidad y desenfreno. Trabajan ambos el verso eslabonado en una respiración desbocada y continua; una acción en cadena animada por enumeraciones caóticas, lo que se da tanto en *Las armas milagrosas* de Césaire como en *Mar de Mármara*, *Canciones para Ruanda*, *Los infiernos solares* y otros trabajos de la poeta argentina. En un diálogo apócrifo, ella murmura: "Color de noche su piel, seda que hoy flota luminosa, como abanico sangrando en la faena de los

toros"; él le responde: "...abrirás tus párpados que son un abanico muy bello hecho de plumas enrojecidas de tanto mirar como late mi sangre". Otros pasajes de Vivanco que muestran contigüidad con las expresiones del poeta de Martina, provienen de *Canciones para Ruanda*: "Busco el secreto manuscrito de Ruanda Su memoria discriminada al cielo polvoriento", "En la costa quemada El suave balanceo de palmeras Y el contorno invisible de un animal violento", "Piratas como dioses sellan la última puerta".

Curiosamente se cruzan un poeta de la negritud que reconoce una patria de origen, África, y una poeta americana que escribe sobre la lejana Ruanda; los dos con un lenguaje de textura surrealizante, paisajes alucinados y una mirada crítica hacia la prepotencia de las políticas coloniales y autoritarias de quienes dirigen o patrocinan las masacres. Lejos de querer incurrir en un acto de transformismo para atribuirle un tono social a la poesía de la autora de *Canciones para Ruanda*, quiero hacer notar que al igual que el Enrique Molina de *Monzón Napalm*, abundan los autores en los que coexiste la búsqueda formal y la conciencia "política". Después de todo "política" será un término usual en la vida de Vivanco, quien según su hija Juana, también escritora, estuvo entre las fundadoras del Partido Comunista de Córdoba y se casó con un socialista "de la línea de Alfredo Palacios"; y aunque ya en Buenos Aires el matrimonio estuvo lejos de una militancia orgánica, "siempre apoyaron las revoluciones de América; desde el Che hasta Allende" (6). En otro de sus libros, *Plaza prohibida*, escrito a mediados de los '70 durante la última dictadura argentina -sigue Juana- es posible encontrar: "la opresión pero sublimada al amor. Las imágenes son amantes inconfesos buscando asilo en la oscuridad y todo el libro está impregnado de desasosiego". En ese libro inédito, escribió la poeta: "Vengo contando huérfanos descalzos...", "Estos que aquí morimos somos tercos y firmes" (7).

No resulta entonces nada extraño que la haya

estremecido el genocidio de Ruanda de 1994 contra la población tutsi, en el que fueron asesinadas cerca de un millón de personas. En todo caso si hay algún tipo de denuncia en este libro, se manifiesta en esas formas expresivas que en Meleck Vivanco devinieron estilo. Lo dijo ya el poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón: es la poesía la que hace política, no la política la que hace poesía. El exterminio le arranca a la poeta pasajes como los que siguen: "las banderas de orfandad Enrojecen la lluvia", "O la caravana que alisa arena y castiga a los pájaros heridos", "O verdugo que paraliza péndulos y corroe los países de la aventura", "Como un higo de luto", "Ya nos revuelve el asco". En una línea parece aludir a la indiferencia de las potencias ante la masacre, aunque siempre oportunas sobre el rédito de las guerras: "Muertos de Ruanda recorren los visillos de sangre Miran pueblos llenos de excusas".

Todos los manifiestos y proclamas de los movimientos vanguardistas -del Futurismo a la fecha- colocaron su eje en las palabras en movimiento y la imagen como elemento nuclear. En Vivanco esto se da de modo natural; es copiosa su metaforización, la profusión de imágenes creadas que, como pretendía el poeta chileno Vicente Huidobro, son urdidas por fuera de todo marco referencial. La poeta utiliza a ratos el símil, instancia que es intersección y punto de enlace entre elementos desacordes, aunque en su caso el "como" nunca está al servicio de las analogías o semejanzas previsibles; aquí más que comparación el símil implica careo, cotejo, como se dijo, entre elementos disímiles. Escribe Meleck Vivanco: "El talismán solar como un menudo insecto proyecta su lámpara en el muro", "Como un andrajo en la memoria del ciego más ardiente".

Poesía bifronte, entre la celebración y la agonía, la obra de nuestra poeta se desglosa, siempre con tonos exaltados entre opuestos: eros y thanatos. En una línea

de *Canciones para Ruanda* instala una lucha de contrarios que es a la vez complementación. Escribe: "Apresurada amante de la muerte", a la que se enlaza la atmósferas de devastación y desolación de *Már de Marmara*: "Teje y desteje la araña, su red de seda fúnebre", "Los ramos de la encina con su frío, los galgos del destino amotinados, el corazón que yace en su intemperie" "Y me parecen negras las substancias del deseo amanecido con las manos cerradas". Visiones que en su reverso cargan un cuerpo en llamas abriendo con fuerza las compuertas de la fiesta y el extravío; todo en una atmósfera de marcada sensualidad y un erotismo que, por otro lado, atraviesa toda su obra: "Asistida por sombrillas de nácar soy mujer de dientes devorantes", "Vastas mudanzas procuran los caballeros del orgasmo", "Busco la lengua y su santuario silencioso", "la moneda de puerto entre los dientes es como mi cuerpo".

El amor desbocado que en libros anteriores se hizo interrogación ("¿Acaso estabas muerto cuando no me veías?") instala en *Canciones para Ruanda* en forma contundente lo yermo e irreparable ("nadie le salva el corazón a nadie"), y por fin el anhelo en *Mar de Mármara*: "Su corazón, su inagotable corazón crecía en la comarca de los vientos que desflecan la tierra".

Poesía de la metamorfosis, de la mudanza, de un todo trastocado; poesía de lo lúdico, del arrebató; la escritura de Vivanco deviene jadeo en el encabalgamiento de versos que se despeñan en una escritura que elude la puntuación y usa en forma antojadiza las mayúsculas para dar un fraseo singular. Sus imágenes se mueven entre lo radiante y lo sombrío, para revelarse con igual vigor. Dice: "Mientras la luna exhala su perfume animal me instalo soberana en los jergones del monte En los remiendos estrellados del viento", "esas crías feroces, domesticadas con los escupitajos del infierno", "Payasos de carne enamorada Y respiración de puro fuego blanco".

Poeta que se reivindicaba surrealista -aunque era evidente su deuda con el romanticismo exacerbado-, maga de los bordes, de gran libertad creativa, exploradora del enigma que describe como "caldo de quimeras"

Vivanco pone todo en entredicho, menos el lugar de la poesía y escribe: "Con mi arrogancia suave, puedo curar al mundo Con mis disparos de aventura entre palabras desoladas".

Notas

1 - Rita Kratsman y Seva Dipasquale, entrevista a María Meleck Vivanco en entrevistamelek.blogspot.com

2 - Diálogo entre Juana Guariglia y Jorge Boccanera.

3 - Esta atmósfera de terror sobrevuela varios libros de Olga Orozco, en especial *La oscuridad es otro sol* donde cada paso del personaje niña abre un vacío que es a la vez sobresalto y espanto.

4 - Pellegrini, Aldo, *Antología de la Poesía Surrealista*, 1961, citado por Juan Calzadilla en el prólogo de *Poesías, Aimé Cesaire*, Ministerio de Cultura, Caracas, 2005.

5 - Agustí Bartra, prólogo a *Cuaderno de un retorno al país natal*, ERA, México, 1969.

6 - Ibid 2.

7 - *La Antología poética* de María Meleck Vivanco, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2009, incluye cuatro textos del libro inédito *Plaza prohibida*.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
Canciones_para_Ruanda_Vivanco.epub.

